

Aquisgrán y después de Pascua marchó contra el rebelde, obligándole a volverse a Baviera. A su regreso de aquella expedición cayó enfermo en Salz y se embarcó en el Main; pero cuando llegó a una isla cercana a Ingelheim, su mal se agravó y allí murió en 20 de junio de 840, después de haber recibido el Viático de manos del arzobispo Drogo. Ludovico Pío, como su padre Carlomagno, había repartido su tesoro, sus libros y sus ropas entre sus hijos, las iglesias y los pobres. Su cadáver fué trasladado a Metz y sepultado en la basílica de San Arnul, al lado de su madre Hildegarda.

II.—Guerra de los tres hermanos y tratado de Verdún (1)

Cuando Ludovico Pío comprendió que su fin se aproximaba, envió la corona y la espada adornada con piedras preciosas a Lotario, «con la condición de que sería fiel a Judith y a Carlos y de que dejaría a su hermano menor la parte de reino que ante Dios y los magnates le había él otorgado.» Pero Lotario reivindicó «el imperio que le había sido confiado en otro tiempo,» es decir, tal como lo recibiera según la constitución de 817. El 24 de julio estaba en Estrasburgo, y habiéndose negado a ejecutar el reparto de Worms que Judith le exigía, se unieron Carlos y Luis y estalló entonces la «Guerra de los tres hermanos.»

Al lado de Lotario agrupáronse la mayoría de los francos y los aquitanos que seguían el partido de Pipino II; al de Luis alamanes, sajones, thuringios y francos del Este, y al de Carlos los borgoñones y el resto de los aquitanos. Cada cual escogió su caudillo según su interés personal; los magnates se declararon por aquel de los tres hermanos que más tierras y dignidades les había prometido. «Los combatientes, como ha escrito un cronista del siglo IX, no eran desemejantes por sus armas ni distintos por sus costumbres ni por su raza; luchaban porque estaban en diferentes campos (*non armis dissimiles, non habitu gentis distincti, solum castris obversi*).» En la confusión que se producía, la mayor parte habían hallado ocasión de adquirir bienes y honores. Se ve, pues, claramente que la idea de unidad sólo estaba en la mente de unos pocos.

Lotario fué el primero que estuvo dispuesto, pero su indecisión habitual le impidió atacar a sus hermanos antes de que se juntaran. Celebró primeramente con Luis una entrevista al otro lado del Rhin y firmó con él una tregua hasta la reunión de una próxima asamblea que acordara la paz, dirigiéndose luego contra Carlos; pero cuando estuvo a diez leguas de él, en las inmediaciones de Orleáns, firmó con él un tratado por el cual le cedía provisionalmente la Aquitania, la Septimania,

(1) FUENTES.—La parte de los *Annales de Saint-Bertin* re-
dactada por Prudencio, obispo de Troyes. *Annales de Fulde*. Nithard, *Histoires*, edición Pertz, 1870. Agnellus, *Vie de Georges, archevêche de Ravenne*. Poemas de Florus, diácono de Lyon, y de Angilberto en los *Poeta latini ævi carolini*, tomos I y II.

OBRAS DE CONSULTA.—Fustel de Coulanges, *Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*, págs. 631 y siguientes. Meyer von Knorau, *Ueber Nithards vier Bücher Geschichten*, 1866. Pouzet, *La succession de Charlemagne et le traité de Verdun*, 1890. Schwartz, *Der Bruderkrieg der Söhne Ludwigs des Frommen und der Vertrag von Verdun*, 1843. Gasté, *Les Serments de Strasbourg*, 1888. Longnon, *Atlas historique de la France*, 1888.

la Provenza y diez condados entre el Loira y el Sena, y le citaba para el mes siguiente en Attigny.

Los dos hermanos dedicaron el invierno a reunir sus tropas, y a mediados de junio de 841 encontrábase en el país de Chalón, en tanto que Lotario estaba en el de Auxerre. Aquéllos enviaron a su hermano mayor tres embajadas exhortándole «a que devolviera la paz a la Iglesia de Dios;» el emperador pidió un plazo para reflexionar, pero lo que quería era dar tiempo a que llegaran los aquitanos de Pipino II; así es que cuando éstos se le juntaron, en 24 de junio, presentó la batalla, que se trabó el 25 en Fontanet, hoy Fontenoy-en-Puisaye, a treinta kilómetros al Sudoeste de Auxerre. Lotario combatió valerosamente, pero la llegada de uno de los leales de Carlos, el conde Warín, con los borgoñones determinó su derrota. Un cronista calcula las pérdidas de ambos bandos en 40.000 hombres, y el poeta Angilberto, que tomó parte en la acción, dice que «las vestiduras de los guerreros francos blanqueaban la llanura, como suelen hacerlo los pájaros en otoño.»

Luis y Carlos vieron en su victoria el juicio de Dios, y los obispos de su partido, congregados a petición suya, declararon que efectivamente Dios acababa de pronunciar su fallo. Sin embargo, la batalla de Fontenoy no era decisiva: «habíase hecho en ella gran carnicería, pero ninguno de los dos bandos había triunfado,» dice el monje autor de los *Anales de Lobbes*. Luis y Carlos se habían separado nuevamente, y Lotario intentó vencerlos uno después de otro: en el mes de agosto está en Maguncia é impide a Luis que atraviese el Rhin; inmediatamente después se dirige contra Carlos, que se encuentra en Saint-Denis, pero no pudiendo arrojarle de esta posición y viendo que se aproxima el invierno, encamínase lentamente a Aquisgrán, adonde llega a principios de febrero de 842.

Entonces sus hermanos resolvieron unirse por medio de un juramento, obligatorio para ellos y para sus súbditos. En 14 de febrero de 842 congregan sus hombres en la llanura de Estrasburgo y les aren- gan, Luis en lengua tudesca y Carlos en romance, recordándoles que Lotario no ha querido reconocer el juicio de Dios, y que, aun después de su derrota, no ha cesado de perseguirlos y de cometer incendios, robos y asesinatos, y anunciándoles que, obligados por la necesidad y a fin de que sus pueblos no duden de la «firme fraternidad» que reina entre ellos, van a prestarse juramento en su presencia. Luis, que es el mayor, jura el primero:

«Por el amor de Dios, dice, y por la salud común del pueblo cristiano y del nuestro, a partir de este día y mientras Dios me dé saber y poder para ello, sostendré a mi hermano Carlos con mi ayuda y en todas las cosas, como se debe precisamente sostener a un hermano, a condición de que él haga otro tanto conmigo, y jamás pactaré con Lotario ningún arreglo que, por voluntad mía, sea en detrimento de mi dicho hermano Carlos.»

Esta fórmula, que pronunció en romance para que la entendieran los hombres de Carlos, la repitió éste en tudesco a fin de que le entendieran los hombres de Luis. Después, los dos pueblos, uno después de otro, hicieron cada cual en su lengua la declaración siguiente:

«Si Luis (ó Carlos) mantiene el juramento que ha prestado a su hermano Carlos (ó Luis), y Carlos (ó

Luis), mi señor, infringe por su parte el suyo, en el caso en que no pueda yo disuadirle de ello, no le prestaré ningún apoyo, ni yo ni nadie a quien yo pueda disuadir de prestárselo (1).»

Los dos hermanos se obsequiaban mutuamente con banquetes y juegos, pasaban los días juntos y trataban sus asuntos en común. En el mes de marzo marcharon contra Lotario y dispersaron las tropas que había establecido al Oeste de Coblenza para defender el paso del Mosela. El emperador salió de Aquisgrán y tomó, llevando consigo a su esposa y a sus hijos, el camino de Vienne por Chalons-sur-Marne y Lyon. Cuando sus hermanos, que tras de él iban, llegaron a Mellesey, cerca de Chalons-sur-Saone, recibieron de él embajadores que declararon, en nombre de su señor, «que éste había faltado con Dios y con ellos y no quería que hubiera más altercados entre ellos y el pueblo cristiano. Si consentían en cederle algo más de la tercera parte del reino, a causa del nombre de emperador que su padre le concediera y de la dignidad del imperio que su abuelo había añadido al reino de los francos, lo harían; si no, le darían únicamente la tercera parte, excepción hecha de la Lombardia, de Baviera y de Aquitania. Cada cual gobernaría su parte lo mejor que pudiera, con la protección divina; todos se prestarían benevolencia y socorro; reinaría la paz entre sus súbditos y habría entre ellos, a Dios gracias, paz perpetua.»

Acceptadas estas proposiciones, los tres reyes se dirigieron en 15 de junio a una isla del Saona próxima a Macón, escoltados por un número igual de nobles cada uno, y allí se obligaron a suspender las hostilidades y firmaron los preliminares de la paz. El 1.º de octubre debía reunirse en Metz una comisión de 120 miembros para proceder al reparto definitivo de la monarquía franca.

Firmóse el tratado en Verdún en agosto de 843, y si bien el documento oficial del mismo se ha perdido, a lo menos es posible reconstituir sus disposiciones principales. Lotario obtiene la Italia y la región comprendida entre los Alpes, el Aar y el Rhin al Este, y el Ródano, el Saona, el Mosa y el Escalda al Oeste, es decir, esa faja de tierra de unos 1.500 kilómetros de largo por 200 de ancho que va desde el mar del Norte hasta el ducado de Benavento. Luis recibe las comarcas situadas al otro lado del Rhin, excepto la Frisia, cedida a Lotario, y aquende el río, «a causa de la abundancia del vino,» las ciudades y los territorios de Espira, Worms y Maguncia. Carlos se queda con el resto «hasta España.» Este reparto parece, a primera vista, muy sencillo; pero en las fronteras, multitud de diócesis y de condados quedan cortados en dos, y el límite de las posiciones de Carlos *el Calvo* y de Lotario es incierto, porque no coincide con el curso de los ríos, sino que se

(1) He aquí el texto, en lengua romance, de estos dos monumentos, que son los primeros de nuestro idioma nacional:

«Pro Deo amur et pro christian poble et nostro comunum salvament, d'ist di en avant, in quant Deus savir et podir me dunat, si salvarai eo cist meon fradre Karlo, et in aiudha et in cadhuna cosa, si cum om per dreit son fradra salvar dist in o quid il mi altresi fazet; et ab Ludher nul plaid nunquam prindrai qui, meon vol, cist meon fradre Karle in damno sit.

«Si Lodhuwigs sagrament, que son fradre Karlo jurat, conservat, et Karlos, meos sendra de suo part lo suou frainit, si io returnar non l'int pois, ne io ne neuls cui eo returnar int pois, in nula aiudha contra Lodhuwig nun li ier.»

separa del Escalda antes de llegar a Cambrai y se dirige en línea recta por el Mosa a Revin, sigue la dirección de este río a muchos kilómetros de su orilla izquierda, dando a Lotario el *pagus Castricensis* y el *pagus Mosomensis* (2), el Dormois, el Verdunois, el Barrois, el Ornois y el Basigny, y finalmente, después de haberse mantenido apartada del Saona, toca a este río más abajo de la confluencia del Salón, se confunde con su curso al través del condado de Chalons-sur-Saone, lo abandona nuevamente antes de llegar a Lyon, corre paralelamente a las Cevenas y se junta con el Ródano no lejos de su desembocadura.

En Verdún hubo también pactos políticos cuyo texto no ha llegado hasta nosotros, pero cuyo espíritu general conocemos; por virtud de ellos, Lotario conservaba el título de emperador, mas ya no tenía autoridad alguna sobre sus hermanos, convertidos en «pares» suyos; y cada uno de los tres reinos era independiente.

El imperio carolingio, tal como lo establecieron Carlomagno y la Constitución de 817, ya no existía; la mayor parte de sus antiguos defensores habían muerto y los sobrevivientes maldijeron en términos amargos aquella jornada de Fontenoy, en donde «cristianos se encarnizaron unos contra otros,» y en donde «las fuerzas de los francos, y también su virtud, sufrieron tal menoscabo que ya no bastaron no sólo para ensanchar los jalones de su imperio, pero ni siquiera para defender sus propias fronteras.» Para deplorar el tratado de Verdún, hasta un poeta encontró verdaderos acentos de elocuencia: «¡Ay!, exclama Floro. ¿Dónde está aquel imperio que se había impuesto la misión de unir por la fe razas extranjeras é inspirar a los pueblos domados el freno de la salvación? Ha perdido su honor y su nombre... En vez de un rey, hay un reyezuelo; en vez de un reino, fragmentos de reino (*Pro rege est regulus, pro regno fragmina regni*).»

El tratado de Verdún iniciaba la separación de la Italia, de la futura Francia y de la futura Alemania, y si bien no constituyó, propiamente hablando, las nacionalidades modernas, puede decirse que les dió el alerza (3). Los pactos de Worms de 839 habían anunciado ya un nuevo sistema de reparto inspirado en razones geográficas de las que hasta entonces nadie se preocupaba. La diferencia de lenguas, que se acentuaba de día en día, puso aún más de manifiesto la separación de los pueblos: el tudesco y el romance se hablaban indudablemente en los condados adjudicados a Lotario, pero los países de lengua romance figuraban principalmente en el lote de Carlos *el Calvo* y los de lengua tudesca en el de Luis *el Germánico*. La misma literatura histórica se dividió: la versión de los sucesos en los *Anales* llamados de Saint-Bertin es francesa; en los *Anales* de Fulda es alemana.

De este modo se anuncia por todo género de razones y de señales una nueva era en la historia, y las circunstancias prestan singular solemnidad al siguiente pasaje de un analista, que después de haber hablado del tratado entre los tres hermanos, dice: «Una vez hecha la paz y confirmada por juramento, cada uno vol-

(2) Los territorios de Mezières y de Mouzón.

(3) Véase Monod, *Du rôle de l'opposition des races et des nationalités dans la dissolution de l'empire carolingien*, «Annuaire de l'Ecole des Hautes Etudes,» 1896.